

BIBLIOGRAFIA ⁽¹⁾

MONTIEL BALLESTEROS. "PASION".—Montevideo. 1935. Ed. Sarp.

Paciente y bien cuidada edición, es ésta que hace en su décimoquinto tomo la Sociedad Amigos del Libro Río Platense. Edición que encierra, una bella novela del escritor uruguayo Montiel Ballesteros. Poco conocido su nombre en el Perú, debido sin duda alguna a ese nulo o incipiente intercambio intelectual, que existe entre nosotros y los países del otro lado del Continente, las obras del escritor que tratamos recién están conociéndose entre nosotros debido a sus generosos envíos.

Depurado escritor, Montiel Ballesteros, conduce con firme seguridad, no sólo la crónica y el cuento, sino también la novela. De aquel conocíamos "Castigo e Dios" y "Luz Mala", entre sus crónicas "Montevideo y su Cerro". Hoy ya más robustecida su personalidad, si cabe, nos da la novela costumbrista "Pasión". Su protagonista, el gaucho tan psicológicamente enfocado, tan conocedor de sus deseos y costumbres, está hábilmente movido en toda la trama de la novela. El autor hace gala de frases y de interjecciones tan típicamente aplicadas que no pueden menos que obsequiarnos una "foto" clarísima del personaje gaucho del Uruguay. Quizás si esta vez, hemos notado que Ballesteros ha dado mayor fuerza el color del paisaje, dejando vencer por esto la emoción que palpitaba tan fuertemente en sus dos anteriores obras que conociéramos. Lo que no obstruye, ni obstaculiza la clara visión y el acierto descriptivo que enmanta toda la obra.

Para quien lea la nueva producción de este amigo uruguayo, le está separado un grato momento, de novedad—sobre todo para quien conoce mal como nosotros al gaucho uruguayo, tan diferente y tan semejante al argentino de la pampa—y de auténtica emoción estética para el resto lector.

Cerramos las líneas sobre una tan bella novela, impetrando la gracia de los dioses para que el tiempo y los libreros nos hagan llegar las producciones sudamericanas, con mayor frecuencia, con mayor cariño; porque así lo reclama un mejor, más vasto y necesario entendimiento intelectual del continente.

(1) En esta sección se dará cuenta de las obras que se remitan a la Revista, ya sea por las casas Editoras, ya por sus mismos autores.

Siendo así, sabremos escoger nuestras lecturas, nuestros personajes y nuestros autores y no tropezaremos con la ausencia de libros del valor, del que hoy comentamos.

J. A. H.

**FERNANDO DIEZ DE MEDINA.—“IMAGEN” 1932.—Editorial América.—
La Paz.**

Vuelve, nuevamente, la lírica palabra de Diez de Medina hasta nosotros. Ayer fué “Clara Senda” su presentación poética. Hoy en “Imagen” nos da su seguro melódico, sus límpidas imágenes y su sensibilidad estremecida ahora, por una emoción que ha sabido perfectamente trasladar a la palabra.

“Yo
acodado en el
barco,
sólo llego a
sentirme,
un pedazo de
algo
desprendido
de este mágico
lienzo
de la tarde.”

No es pues, Fernando Diez de Medina un poeta de las nuevas ramas. No es un poeta que tiene que luchar con el grueso del público para que lo “entienda”. El es un Poeta, que a los nuevos y a los otros nos deja contentos. Y yo entre los nuevos, lo digo.

Su poesía por ser amplia y cierta ha escapado de una forma especial o escuela. Tomemos al azar cualquiera de sus poemas; no miremos en ellos ni su forma ni su tendencia, dejemos la poesía-poesía, la poesía pura henchida de tierna emoción: de sentimiento, hallaremos al Poeta. Y eso nos basta.

“Daba bondad
su alero.

Y reposo su
cerca.

Y ternura su
sombra.”

Su exquisitez lírica, su depurado gusto y una serenidad tan auténtica hacen que el libro de Fernando Diez de Medina sea un acogedor alero de nuestra segura admiración.

Por eso también, su nombre ocupa en la poesía boliviana un sitio de preferencia.

J. A. H.

RAUL FERRERO REBAGLIATI.—Culturas Orientales.—Lima. 1935.

La Universidad Católica del Perú emprende con la publicación del libro de Ferrero, una justísima labor de difusión de los valores nuevos. Los que a veces acompañamos, y fuimos los colegas del joven profesor, tenemos que congratularnos de los seguros resultados de una voluntad tenazmente optimista, que se forjaba por idénticos caminos, en que muchos otros, han carecido de la constancia nervada, para proseguir y obtener sucesivas conquistas de la verdad. Su obra de "Culturas Orientales", sólo ha de renovar el éxito, ya conseguido largamente en anteriores eventos pedagógicos. Todos sabemos de la equilibrada, de la vigorosa vocación que tiene Ferrero para la enseñanza, la popularidad creciente entre sus alumnos, y sus aprovechados matices oratorios. No nos ha extrañado, pues, lo rápido de esa juvenilidad creciente, que le ha permitido clasificarse, con el sólo handicap de su conocimiento de las pistas.

Lo acompaña, en un mesurado prólogo, Jorge Basadre. La prosa del joven maestro de San Marcos, se despoja ahora de su beligerancia antañera, para dirigirse a los nuevos con la serenidad equidistada, que es sola ella, toda una conquista de experiencia. "La historia no es una ciencia natural sino una ciencia cultural", afirma. Los valores del naturalismo y positivismo entran en una liquidación extrajudicial, por no decir en quiebra. Pero confrontadas las cifras hay una frase injustamente despectiva, dejada caer al final de un párrafo, "el propio fatalismo de Spengler..." Es evidente que el grado de la altitud vital por el que la humanidad atraviesa, no exige sino impone, una violenta urgencia de revisar los valores a corto plazo. Pero el filósofo alemán salvará siempre con éxito, del más bravo tribunal examinador. La Decadencia de Occidente ha "formulado pensamientos que latían en el seno de nuestra época", según observación de Ortega y Gasset, es decir, ha obedecido a profundos estados anímicos que son y que no se hacen. La adhesión que exhibía esa obra, no puede ser totalista. Raramente elude una intención tan universalista, ciertas—posiblemente plurales—fallas en el mecanismo; pero eso no significa que esté liquidado. Es, innegable, un exitoso paralelismo biológico de la aventura de las culturas; heterodoxo, eso sí, para el católico. Entre nosotros, Enrique Barboza, verifica con precisión las coordenadas del pensamiento Spengleriano. Recuerda la frase de Benedetto Croce que

renovó nuestro concepto de la historia, Spengler reclama cierta insurgencia lírica a favor de la historia. Un lirismo casi intuitivo, esencialmente dinámico, y profundamente humano. Y al reclamarse por propia intención al concepto de Croce, adopta una tesis creacionista. "Ser pasado—dice Barboza—equivale a la fórmula "fué presente". Subrayar esta significación del pasado, es útil porque se aclara la verdadera situación del problema histórico, que deja de ser un problema de arqueología para convertirse en un motivo permanente de resonancias vitales".

He aquí por qué el estudio de las culturas, y especialmente de las Orientales, tiene eterno destino de urgencia para el occidental, siempre inédito. Esta penosa tarea de vivir es de una desorientación cada día igual. Siglo tras siglo, el hombre buscando nuevas explicaciones, en nuevas insatisfacciones, urgando entre el azar y el desorden. Federico Amiel, escribía en su Diario Intimo, allá por 1868. "Así a primera vista la historia no es sino desorden y azar; examinada después parece lógica y necesaria, y a la tercera inspección nos produce el efecto de una mezcla de necesidad y libertad; al cuarto examen ya no sabemos qué pensar, porque si la fuerza es el origen del derecho y el azar el origen de la uferza, volveremos a la primera explicación, y esta vez sin alegría".

El libro de Raúl Ferrero, en cambio, realiza un premeditado objetivo de doctrina. Sostiene, terminante, la tesis de un monoteísmo primitivo, al recorrer la pluralidad de las religiones en las diferentes culturas. Su capítulo de Egipto va acompañado de un sobrio e interesantísimo aporte comparativo con el Perú Prehistórico, original de Carlos Pareja, fruto de una rara y aguda gimnasia, verdaderamente valiosa por su significado. En el de la India, al hablar sobre el Budismo, se adhiere al concepto de René Grousset, que lo califica como una verdadera filosofía del sentimiento. Aunque, concluye, "no fué un sistema. Ni tampoco se le puede considerar propiamente como una religión..." Siempre—sin contradicción—adjudicamos al espíritu oriental un triunfo de lirismo. El enigma candidato a la duda eterna, se nos revela hasta hoy como un fenómeno cósmico. Es la exuberancia de la naturaleza la que dicta estas palabras: "la vida advierte en nosotros como los árboles y las plantas advienen en el campo". Tan terrible apacibilidad, linda con la angustia. Así, la enorme negación budista; y el budismo—como casi todos los intentos indúes—, religiones de la negación. O si no se me permite, pisamos sobre un escamoteo de conceptos. Fué en cierto sentido, igualitario, ante el problema de las castas. Decía Budha: "Mi ley es una ley de gracia para todos". Para el apóstol no era esencial la fundamentación filosófica de su doctrina—como quiere Pischel—No sólo no le importaba, sino hasta evitó las cuestiones metafísicas. Tampoco niega a los dioses del pueblo. Sakra sigue siendo para los budistas el rey de los dioses; cuyo número de treinta y tres han conservado. Otro fenómeno interesantísimo a observarse es la doctrina de Laot-Se en la China. Como el budismo profundamente pan-

teísta y negativo. "Y en medio de todas las guerras que dan razón a la historia china—escribe Keiserling—e hombre aparece como inmutable." Es un programa funesto el recorrido. Laot-Se se sume, sangrándole también los pies, en la floresta humana, y ve caer tronchadas miles y miles de plantas. Entonces el hombre necesita un camino. Laot-Se, cree haberlo encontrado: se llama Tao. Quiere instituir una "sabiduría de la vida"—y aquí le robó el título, a un capítulo de Wilhelm—pero para ello no divulga una ética. Todo lo contrario; se levanta contra ella, porque considera inherente al hombre volverse contra lo que lo presiona en un sentido. Supone igualmente, al bien y al mal como conceptos relativos. El, propició una especie de escuela de lo que podríamos llamar el **instintivismo**, como noble y elevado. "Por este no luchar adquiere la vida cada vez nueva fuerza, porque no consume energía ninguna en combate con cosas extrañas y perturbadoras". En otros conceptos Laot-Se fué violento: "Si el pueblo tiene hambre es porque sus jefes se tragan demasiados impuestos..." Flota en toda la obra de Laot-Se una desmesurada angustia disfrazada de serenidad.

Tal es la asamblea de Culturas Orientales que Raúl Ferrero hábilmente nos trasmite para erudición de los oyentes. La audición es clara—sin interferencias imprevistas—la vocalización precisa, y un desarrollo amoroso y atildadamente cuidado. Exito, preámbulo de ovación.

L. F. X.

RAUL FERRERO.—CULTURALES ORIENTALES.—LIMA 1935.

Estimula y redime del desaliento cualquier manifestación fecunda de laboriosidad, donde—bajo el acervo de las preocupaciones y apremios transitorios—apenas se siente latir el pulso a la vida de la inteligencia. Es mérito sobresaliente, mérito sumo, contrariar la influencia de fuerzas desfavorables y, subyugando el oscuro designio que en estas horas se hace sensible, atreverse a emprender la penosa tarea que no reclama comprensión ni recompensa. Raúl Ferrero sabe bien estas cosas. Pero su juventud y su vocación, y el impulso vigoroso de su optimismo, lo protegen y le otorgan la confiada seguridad de vencer.

La vocación de Ferrero es poco o nada común entre nosotros. La mentalidad de nuestros jóvenes no se orienta con frecuencia hacia el saber riguroso y disciplinado. A la humilde y lenta monotonía del trabajo científico, se prefiere el panorama diverso y alucinante de la creación artística. Se aprecia muy poco el valor del esfuerzo continuado, sistemático, tenaz. Por eso es reducido entre nosotros el número de los que se consagran a la investigación científica. En cambio, cada cierto tiempo vemos surgir grupos más o menos amplios de felices portaliras, dispuestos a desertar del verso después de una corta pero no siempre meri-

toria faena. Dificilmente queda en pié el edificio construido por el afán de los primeros años. Con la adecuación al ritmo prosaico de la vida, sobreviene la renuncia, el escepticismo, la desorientación. Ferrero ha quitado el cuerpo a estas calamidades. Desde muy joven, en San Marcos, confesaba su inclinación a los estudios históricos, y en alto persiste ahora con ahínco ejemplar. Dotado de condiciones singulares para el magisterio, ejerce la docencia universitaria con entusiasmo y eficiencia indiscutibles, con el fervor que ponen en su obra los maestros auténticos.

No obstante haber sido escrito con intención estrictamente didáctica, "Culturas Orientales", se proyecta sobre un plano intermedio entre la historia y la filosofía de la historia; entre la historia, que está constituida por la masa de los sucesos y sus enlaces objetivos y la filosofía de la historia, que es la comprensión de los sucesos y el esclarecimiento de sus conexiones esenciales. Un ensayo de sistematización trasciende siempre la historia misma, en cuanto implica una tentativa de poner en contacto la singularidad irreductible de los hechos históricos con categorías superiores, en cuyo ámbito lo singular recupera la eficacia del sentido. Para este linaje de historia, la cultura no se reduce a concepto vacío ni a mero producto ocasional de la actividad humana. Cultura es categoría substancial histórica, forma del alma de un pueblo, en cuya unidad orgánica convergen las actividades espirituales múltiples que inciden en los distintos rangos de valores. Cultura es configuración espiritual, singularidad única, soporte primordial de complejos y numerosos atributos, unidad vital subyacente a las manifestaciones decisivas de la vida espiritual de un pueblo. Sin duda alguna, lo entiende así Ferrero, pues su interés está dirigido hacia las culturas, no hacia ciclos o periodos históricos ya caducos.

De ahí viene precisamente la dificultad para percibir el ritmo de la historia universal en el sentido de Hegel. En este punto creo discrepar en parte de la tesis sostenida por Ferrero: la posibilidad de una inmediata historia universal de las culturas. ¿Se ha progresado tanto en este orden de estudios, que puede uno permitirse la libertad de desconfiar un poco del instrumental dialéctico de Hegel, utilizado en mayor o menor proporción por cualquier especie de visión universal de la historia. Antes de enfrentarse a la cuestión de la historia universal, se requiere la solución previa de innumerables y graves problemas. Sobre todo, es necesario definir el sentido de los términos. Hay culturas y Cultura. Las culturas tienen su problemática propia. El problema de la Cultura, como forma de la historia universal, supone la solución anticipada de los problemas de las diversas culturas y de sus enlaces. La conciencia de tan ardua cuestión, ha detenido a historiadores tan osados como Spengler. Desde luego, no es imposible concebir a priori una forma y una legalidad para la historia universal. Eso es lo natural y lo más frecuente; y en este punto coinciden las tendencias más opuestas; idealismo absoluto, providencialismo, materialismo histórico. Lo que prueba que no es difi-

cil encontrar fórmulas decisivas para explicar la totalidad de los hechos históricos y recorrer con ellas la historia de un extremo al otro. Y también para encontrar confirmaciones sorprendentes. Claro que siempre se encuentra lo que se quería encontrar, es decir, lo que se presupone motivo recóndito o ineluctable determinación. Diríase que resultamos víctimas de una burla tremenda, a causa de nuestra propia ingenuidad, o de nuestra prisa para explicar quizá lo inexplicable y esclarecer ángulos de tiniebla inaccesibles a la luz.

Pero la problemática—de las culturas o de la cultura—debe ser antecedita por una fase de meticulosa y concienzuda descriptiva; que es mucho más que inventario, porque traspasa el linde en que convergen las coordinadas de la exactitud material en busca de esa otra exactitud de la vida, que se nos da en decisivas evidencias, en el íntimo contacto con sucesos y personas yacentes en el pasado irrevocable. No cordialidad o débil inclinación de la simpatía, sino radical y suma unimismidad (lo que Scheler llamara *Einsfuhlung*), reducción hasta el límite posible de las diferencias y las discordancias. Y a partir de allí a la luz de la “comprensión” (*Verstehen*), el vivo surgir de sorprendentes y tangibles constataciones, en enlaces indefinidos de asombros. La teoría dirá y hará lo que quiera, cuando se encuentre perfeccionado el hallazgo. Mientras tanto, vale más la reserva prudente. Cuando Ferrero se aproxima al dintel de las culturas orientales, adivina esta peculiar ubicación del problema histórico. Ante todo se empeña en capturar el sentido, la fisonomía, el más acusado perfil del alma de cada cultura.

De este modo se facilita la comparación, el adiestramiento en el manejo de los elementos necesarios para proseguir la tarea, “más prudente, pero más segura y más viable que el arrogante dogmatismo de la historia naturalista”, según la acertada expresión de Basadre, quien ha escrito para este libro un bello y sugestivo prólogo.

No puede tasarse el aplauso a Ferrero, en cuanto revela una actitud franca de superación intelectual. Ello no implica necesariamente desvinculación de lo inmediato, sino por el contrario, amplitud de visión, conciencia aguda del deber que gravita sobre toda una generación de jóvenes, deber de hacer obra constructiva, deber de servir y deber de guiar, en vez de perder el tiempo en desintegrar, en destruir o simplemente en discutir. Al fin y al cabo, mayores serán los beneficios del esfuerzo intelectual productivo, que las ventajas del escepticismo disolvente. No hablemos de originalidad ni de creación. Entre nosotros, todo está por hacerse. Ni siquiera hemos podido asimilar los motivos fundamentales de la cultura europea de hoy. Cualquiera puede hacer obra valiosa, con sólo divulgar los resultados del saber en el dominio de las ciencias, de la filosofía, del arte. Yo he admirado siempre más a estos, que a los que presumen de creadores, y que a la postre no hacen sino exhibir anchas y deplorables zonas de su propia ignorancia. Pero más todavía debe admi-

rarse a los que, más allá de la divulgación, revelan—como Raúl Ferrero— una inteligencia estructurada para el vuelo amplio y seguro y una sensibilidad apta para percibir el color de la lejanía.

Enrique Barboza.

EXTRACTO ESTADISTICO DEL PERU.—1931-1932-1933.

La Dirección de Estadística del Ministerio de Hacienda y Comercio ha publicado el Extracto Estadístico del Perú, correspondiente a los años de 1931, 1932 y 1933, en un volumen de cerca de 300 páginas, limpio y bien presentado.

Es una obra que con referencia a las publicadas anteriormente, revela progreso. Sin ser más completa—pues, se ha omitido consignar a la prensa, que en el extracto del año 28, se le consideraba—, tiene en cambio mayor acopio de datos. Han sido ampliados los siguientes capítulos: Meteorología, Muelles, Minería, Agricultura, Ferrocarriles, Cabotaje, Beneficencias, Accidentes de Tráfico, Criminalidad, Policía, Hacienda, Movimiento Aéreo Comercial, Resumen del Censo Electoral, Instrucción y Registro de Desocupados.

Aún, cuando dada la incipiente estadística de nuestro medio—falta de un Censo General, de catastros para la propiedad, y lo reducido del personal de la Dirección de Estadística—, no sea posible exigir una obra que signifique ponderación, hemos podido observar fallas lamentables. Y así, por ejemplo, se nota la ausencia de datos sobre el ejército, Armada y Aviación nacionales, sobre Colonización, Urbanizaciones—por el gran incremento que ha tomado—, Teléfonos y, especialmente, la Ganadería, que ejerce directa influencia sobre la industria y manufactura del país.

Luego en varios números de algunos capítulos sólo aparecen datos hasta 1932, faltando los correspondientes al año siguiente. Es decir lo más importante por su novedad.

En el capítulo referente al Comercio, especialmente sobre el movimiento de importación, no existe cuadros que especifiquen los artículos que más importa el Perú del extranjero para poder deducir con mayor exactitud, la capacidad industrial y manufacturera nacional, porque la Escala de Bruselas, es muy general y vaga.

En lo referente a la Minería, no es posible conocer, cuál es el centro de mayor producción. Se ha podido, de igual modo que con la Agricultura, anotar el lugar de procedencia, por lo menos de los principales productos.

El extracto, sin embargo, encierra cierto mérito y es de esperarse que los próximos serán más completas y, por tanto, más útiles.

M. D. C.